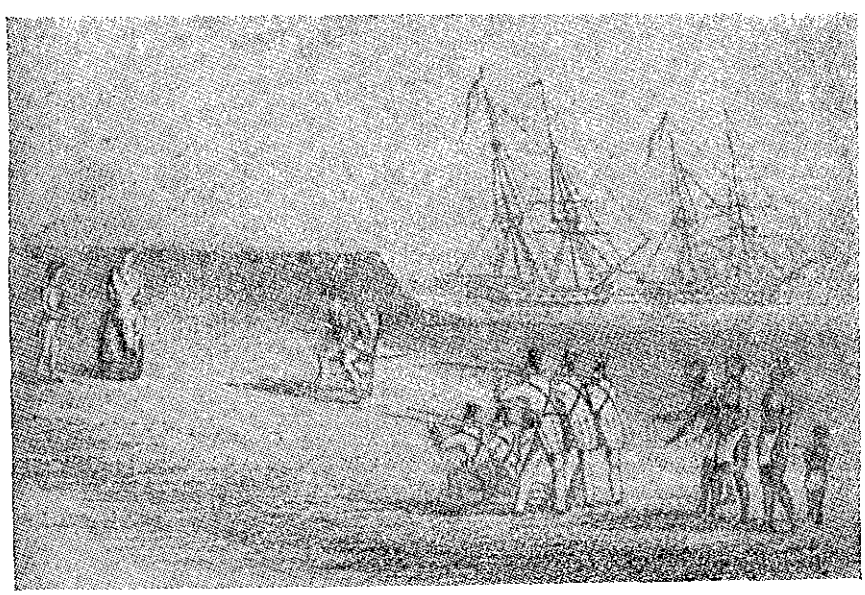
EPISODIO DE UN COMERCIANTE

Desde las guerras por la supremacía de los mares entre España, Inglaterra y Francia, la Costa Atlántica de Nicaragua, conocida entonces como la Costa de los Mosquitos, quedó abierta tanto a las incursiones de los piratas, como al comercio de los ingleses, quienes por medio de Tratados con España habían obtenido la exclusividad de la explotación de la industria de la pesca del carey, por ejemplo, —exclusividad que aun está vigente en nuestros días—, y la de comerciar con los indios de la Costa.

A raíz de la Independencia en 1821, en este período anárquico de nuestra Historia, las autoridades españolas acantonadas en San Juan del Norte mantenían todavía una autoridad de hecho, aunque no de derecho, debido a esa difusa situación con que había quedado Nicaragua indecisa entre la total independencia de España, su unión con Guatemala o su anexión al Imperio de Iturbide.

Fue en esa época en la que el comerciante inglés, Orlando W. Roberts, hizo un viaje para la compra de carey. A su regreso escribió un libro titulado: "Viajes y Excursiones por la Costa Oriental de Centro América y el Interior de Nicaragua", libro publicado en Edimburgo en 1827, y del que remos tomado la siguiente aventura que cuenta lo que le sucedió en nuestro país.



Roberts salió del Cabo de Gracias a Dios en 1822 a bordo de la "Miren" una lancha suya de ese nombre, de quince toneladas y con mercaderías.

Amanecía cuando entró en el puerto y de pronto se encontró con que estaba bajo el alcance de los cañones de dos grandes goletas españolas. Sus indios se asustaron, pero era demasiado tarde para retroceder. Al echar anclas fueron abordados por un bote lleno de gente. El oficial que lo mandaba ordenó juntar la lancha a su goleta para registrarla. Roberts sabía que los españoles aprovechaban toda oportunidad para comprar mercaderías de los barcos que pasaban por sus costas y que los Comandantes de San Juan del Norte, del Castillo y de San Carlos no sólo se hacían de la vista gorda con este comercio de contrabando sino que hasta compraban por interpósita mano mucho de él, y lo pagaban con oro en barras, dólares y doblones. No dejó de sentir cierto temor, sin embargo, porque llevaba algo de pólvora y machetes para vender a los indios, artículos que por su naturaleza eran considerados como contrabando punible con la máxima pena.

Las goletas españolas eran "La Estrella" y la "Flor del Mar", de ocho y diez cañones de seis libras respectivamente, más otro cañón de ocho y diez libras que cada una montaba sobre un pivote. Originalmente habían sido corsarios estadounidenses y la más pequeña de las dos desplazaba arriba de doscientos cincuenta toneladas. Su tripulación era de cincuenta hombres cada una.

El Capitán de la "Flor del Mar" que quería obtener ciertos informes lo invitó a desayunarse con él y cuando disfrutaba de su hospitalidad el grumete desde el palo mayor anunció la presencia de un barco. En un instante todo fue carreras, bulla y confusión a bordo. Lo abrumaron a preguntas acerca del barco avistado, pero fue en vano que les dijera que no sabía nada de él pero que suponía se trataba de un mercante de Jamaica A poco todo se aclaró: se trataba de un bergantín de guerra

"Al ver yo mi pequeña propiedad expuesta a todo", dice el mismo Roberts, "me fuí a ver al Comandante del puerto a quien pedí me dejara pasar la barra y llevar mi lancha al río, donde estaría segura. Al mismo tiempo le ofrecía en recompensa el servicio de mis hombres para el manejo de los cañones del fuerte, y el mío propio al Capitán de "La Estrella". El Comandante me dijó fríamente que sus hombres sospechaban de que yo fuese espía del barco que estaba a la vista, pero que si les ayudaba a rechazarlo tal vez borraría en parte esa impresión."

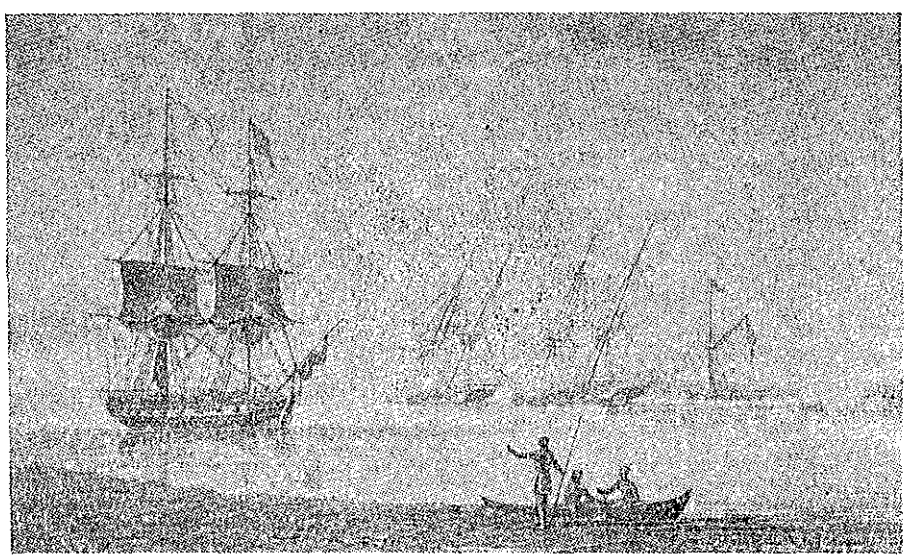
Ya para entonces las goletas cubrían de costado con sus cañones la entrada del puerto. Sus capitanes ordenaron enarbolar la grímpola roja de combate, reto que aceptó inmediatamente el bergantín que venía todavía un poco lejos. Este arrió sus velas del juanete, recogió las gavias y al doblar la punta de la entrada al puerto izó la bandera independiente de Buenos Aires. En el acto fue reconocido como "El Centinela", barco de los patriotas sudamericanos, capitaneado por Bradford, bravo e intrépido oficial adscrito antes a la escuadrilla mexicana comandada por Sir Gregory MacGregor y el General Aurey.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

INGLES EN LA COSTA ATLANTICA

Los españoles abrieron inmediatamente el fuego desde la batería de tierra y las goletas El bergantín en tanto seguía avanzando imperturbable con el evidente propósito de lanzarse al abordaje. Afortunadamente el viento dejó de soplar y casi cesó del todo cuando el barco de los patriotas topó con la corriente del río que desemboca en el mar. Así que no le quedó más remedio que echar el ancla a tiro de mosquete de las goletas y del fuerte. "El Centinela" enfrentó su banda de babor y en esa posición sostuvo un cañoneo de casi cuatro horas contra 28 cañones. Sólo el desordenado fuego y la mala puntería de los españoles evitó que lo hundieran. Al fin, teniendo ya muy averiado el casco y todo su aparejo, cortó el cable del ancla y con la ayuda de la corriente del río y de una leve brisa que sopló, bogó poniéndose fuera del alcance de la metralla enemiga.

"Estaba yo ocupado todavía con el cañón de que me había hecho cargo cuando la oficialidad del "Flor del Mar" vino a felicitarme" continúa narrando Roberts. Mas uno de ellos se me acercó y mirándome fijamente a los ojos juró haberme visto antes en alguna parte e inmediatamente se dirigió a los oficiales pidiéndoles que me detuvieran, asegurando que yo era cabo de maestranza de "El Centinela". Semejante acusación contra mí después de haber arriesgado yo la vida durante tantas horas en defensa de sus barcos, me anonadó y fue tal mi aturdimiento que ello mismo fue tomado por todos como prueba de mi culpabilidad.



"Esto fue considerado prueba fehaciente, y en vano alegué mi inocencia. Me engrillaron y bajo fuerte custodia fuí llevado a la prisión militar del fuerte. La consternación de mis indios, al verme llegar a tierra en tales condiciones, no tuvo límites; sin darme tiempo de explicar nada a Brown me echaron a un calabozo."

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, fue llevado ante el Comandante y algunos oficiales. Como todos ellos decían estar seguros de que el era, o había sido, oficial de "El Centinela" le mostraron un papel para que lo firmara, a lo que se negó y lo volvieron a meter en la mazmorra. En las primeras horas del siguiente día lo condujeron de nuevo a presencia del Comandante, volvieron a pedirle firmara el papel, y de nuevo se negó. Tras una breve deliberación, un sargento y seis hombres lo llevaron detrás del fuerte; dos más le ayudaron a caminar pues los grillos le impedían dar paso; otro llevaba un barril vacío y un cuarto hombre una silla para el Comandante. Ya en la explanada trasera del fuerte pusieron el barril en el suelo, sobre el que le ordenaron sentarse. A un lado el Comandante sentado en su silla le informó, por medio de un intérprete, que se le había juzgado en toda ley y que habiendo pruebas suficientes todos estaban contestes en que él era un oficial al servicio de los independientes, amén de que por haber entrado al puerto como espía, le dijeron que tenían sobradas razones para ajusticiarlo sumariamente." Me instó, por lo tanto, a prepararme a bien morir pues dentro de poco estaría en presencia de Dios, dice Roberts en su narración.

"Ordenó en seguida al pelotón de soldados cargar sus armas y colocarse a doce varas de distancia. Cuando el sargento vino a vendarme con un pañuelo, le dije que no había necesidad de tal cosa, y mientras volvía la cabeza a un lado para impedirlo, ví al grupo de mis fieles indios a quienes habían llegado allí a presenciar mi muerte.

"Me es imposible describir esos tristes momentos de angustia. Encomendaba ya mi alma a la merced de Dios cuando de repente oí el chasquido de unos remos en el agua. Por los carrizales de la orilla del río irrumpió un bongo que venía a todo remo. Entró como un rayo en mi mente la idea de que venían a salvarme. Y así fue. El Comandante suspendió la ejecución y me volvieron a la prisión.

"El bongo era uno del gobierno que venía de San Carlos con refuerzos bajo el mando de un nuevo comandante. A poco me llevaron frente a él y le expliqué el por qué de mi entrada en el puerto de San Juan del Norte, el objeto estrictamente comercial de mi visita y el tiempo que tenía de vivir en la Costa de Mosquitia. Eso me salvó la vida.

Traducci

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org